

La primera asamblea de los gentiles

John Thomas MAWSON

biblicom.org

Índice

1 - Introducción	3
2 - Lo que predicaban	4
3 - El resultado de la predicación	5
4 - Una exhortación necesaria	6
5 - La Asamblea en sí	7
6 - La enseñanza	8
7 - Distinción entre el bautismo cristiano y el bautismo del Espíritu Santo	10
8 - Lo que pensaba el mundo	11
9 - El resultado práctico de la verdad	11

Notas de una predicación en Sídney sobre Hechos 11:19-30; 13:1-4; 14:19-28

1 - Introducción

En las Escrituras tenemos una descripción de la primera asamblea cristiana formada por el Espíritu de Dios entre los paganos. Parece que sea la manera de Dios cuando comienza algo nuevo, nos da desde el principio un modelo de lo que quiere en relación con esta nueva acción. Vamos a estudiar las características de esta asamblea para ver si hoy las tenemos. Espero que antes de terminar mi presentación, vean claramente lo que quiero decir con la palabra «asamblea». El *Espíritu de Dios* descendió, enviado por el Señor Jesucristo resucitado, en Pentecostés. Ahora hay un Hombre a la diestra del trono de Dios en la gloria, y Dios el Espíritu Santo está en la tierra. Nunca entenderemos la verdad de la Asamblea de Dios si no vemos estas 2 cosas. Es Cristo exaltado, cuya sangre fue derramada en la cruz para redimir a los suyos, el que envió al Espíritu Santo desde la gloria del cielo, el cual, descendiendo sobre las 120 personas reunidas en el aposento alto en Jerusalén, las formó en un solo Cuerpo. La verdad sobre el Cuerpo único no se reveló de inmediato, y primero hubo que dar testimonio a los judíos de la elevación de Cristo. Fue a raíz del rechazo de este testimonio, cuya prueba fue la lapidación de Esteban, que se reveló la verdad de la unidad del Cuerpo. Sin embargo, Pentecostés fue el comienzo; fue el nacimiento de la Iglesia.

Esta asamblea de Dios en Jerusalén era muy querida para Dios, porque desde el cielo miraba y veía la vida misma de Cristo reproducida en los miembros del Cuerpo de Cristo. La Asamblea es algo formado en la tierra por el Espíritu Santo a través de la vida de un Cristo resucitado. El diablo nunca conoció una derrota o sorpresa más grande en su existencia que en ese momento; pensó que cuando se deshizo de Cristo, ya no tenía nada que ver con él en esta tierra. Para su gran sorpresa, el día de Pentecostés descubrió que Cristo todavía estaba allí; no Cristo personalmente, sino Cristo en los miembros de su Cuerpo; la vida de la Cabeza resucitada manifestándose en los miembros de su Cuerpo en la tierra. Esto irritó al diablo, que estaba lleno de furia, y buscó aplastar con una gran persecución lo que Dios, en su sabiduría trascendente, había hecho nacer. Pensó en dispersar los miembros del Cuerpo de Cristo y así destruirlo. Por supuesto, fue frustrado. El único resultado de la persecución fue que los que fueron dispersados difundieron la buena nueva en muchos lugares, y así se cumplió el propósito de Dios. Dios hizo que el diablo sirviera a su

voluntad.

El Señor Jesús dijo a sus discípulos que predicaran el Evangelio entre todas las naciones. En lugar de eso, se quedaron en Jerusalén, pero la persecución que estalló en torno a Esteban los dispersó, y así se cumplió la voluntad del Señor, porque fueron a todas partes a predicar el Evangelio. Así se difundió la fama de Jesús, se llevó hasta Antioquía, se predicó por primera vez a los griegos, y el resultado de la predicación fue la formación de esta primera asamblea entre los paganos.

2 - Lo que predicaban

Predicaban al Señor Jesús. No se imaginen que cuando el Espíritu de Dios escribió las Escrituras, utilizó de manera aleatoria los títulos dados al Señor Jesús. No, cada nombre y cada título tiene su propia significación. Aquí es el Señor Jesús a quien predicaron. No se trataba de Jesucristo o de Jesús, sino del Señor Jesús. ¿Qué tenemos que aprender de esto? Todos sabemos lo que significa Jesús.

¿Qué ha hecho que este nombre sea tan dulce para cada uno de nosotros? Este nombre nos transporta a la cruz, y pensamos en él como nuestro Salvador, como Aquel que dio su vida para redimirnos; pensamos en su humilde vida en la tierra, en todo el amor, paciencia, ternura, misericordia y dulzura que se manifestaron en él. Este nombre acompaña toda gracia, y lo llevó hasta la cruz. Cuando Pilato, el juez, tuvo que escribir la inscripción que se fijaría en la cruz, no sabía cuán cierto era lo que estaba escribiendo. El Espíritu de Dios ordenaba su mano. Se sentó y lo nombró: «**Jesús el Nazareno, el rey de los judíos**» (Juan 19:19). El Varón de dolores, coronado de espinas, crucificado, sufriendo, cumpliendo este maravilloso sacrificio en su infinito amor, para que los hombres pudieran ser salvos. Ese es Jesús.

Pero estos discípulos no solo predicaron a Jesús, predicaron al Señor Jesús. Nuestros pensamientos se transportan desde la cruz a la gloria, más allá de la tumba. Ha sido exaltado a la diestra de Dios. «¡Dios ha hecho Señor y Cristo a este mismo Jesús!» (Hec. 2:36). Ha sido elevado al lugar de *autoridad*, para que toda rodilla se doble ante él y toda lengua confiese que él es Señor, para gloria de Dios Padre. Pero el título de «Señor» conlleva otra idea además de la de autoridad. De hecho, significa autoridad, y toda criatura, desde el arcángel más alto del cielo hasta el demonio más malvado de la Gehena, estará obligada a confesarlo como Señor. Pero también significa “administración”. Dios lo ha hecho *el gran administrador*, para este período

actual de su gracia. La ilustración de esto en el Antiguo Testamento es José. José no dijo a sus hermanos que Faraón lo había hecho señor de todo Egipto, sino que «Dios me ha puesto por señor de todo» (Gén. 45:8-9). Él era señor en Egipto, y la vida de cada egipcio dependía de él. Él era el encargado de todo lo necesario para la vida, él era quien lo administraba para el bien del pueblo. El Señor Jesucristo fue elevado por Dios al trono en el cielo para ser el administrador de su gracia, y desde que fue elevado de esta manera, ninguna alma ha recibido nunca favor o bendición de Dios si no es a través de nuestro Señor Jesucristo. Como cristianos, necesitamos recibir continuamente esta gracia de Dios, solo cuando estamos en contacto con este Señor vivo recibimos esta gracia. La salvación está ligada a su nombre de Señor. «Si confiesas con tu boca a Jesús como Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo» (Rom. 10:9). Y todos los benditos dones de la gracia divina vienen por él solo, como nos muestra Romanos 5.

3 - El resultado de la predicación

Predicaron al Señor Jesús. Predicaron a Aquel que sufrió en la cruz para que los hombres fueran salvos. Ahora está exaltado en el trono de Dios en lo alto, administrando desde su lugar en la gloria, la gracia de Dios para bendición de los hombres. ¿Cuál fue el resultado de esta predicación? Muchas personas creyeron. Eso fue lo primero, y después de creer, se volvieron a Dios. Creyeron en la buena nueva que Dios les envió, esa maravillosa noticia de la salvación completa y gratuita, el resultado de esa fe viva es que se volvieron al Señor. Muchas personas profesan creer, pero nunca se convierten. No sirve de nada profesar la fe si no se convierten. El resultado de la verdadera fe es volverse al Señor.

¿Qué significaba volverse al Señor? Significa que tenían un recurso completamente nuevo. Antes, se volvían al mundo, y encontraban todo lo que querían, al igual que ustedes antes de su conversión. Si querían amistad, iban al mundo; si querían placer, iban al mundo; si querían ayuda, iban al mundo; si querían simpatía, iban al mundo. Sé que ustedes fueron hacia cisternas agrietadas que no podían contener agua, pero con la esperanza de que, a pesar de todo, brotara en vuestro corazón, fueron al mundo. Después de creer en la buena nueva, ¿qué hicieron? Se volvieron al Señor, y él se convirtió en vuestro nuevo recurso; él es una fuente de agua viva, perenne, gratuita e inagotable. Si buscan un amigo ahora, lo encontrarán en él; si quieren la felicidad ahora, la encontrarán en él; si buscan ayuda ahora, la encontrarán en

él. Ahora hay en el Señor todos los recursos; al menos, debería ser así, y vuestra fe es “débil” si no es así. Esto es lo que sucedió con los discípulos de Antioquía. Se volvieron al Señor y, al hacerlo, se convirtieron en beneficiarios permanentes de la gracia de Dios.

4 - Una exhortación necesaria

Para demostrar que lo que digo es verdad, vemos que la noticia de estas cosas llegó a oídos de la iglesia de Jerusalén y que enviaron a Bernabé a Antioquía, para ver qué había sucedido. Cuando Bernabé llegó allí, vio «la gracia de Dios». Evidentemente, la gracia de Dios había fluido a raudales en esa comunidad de cristianos. Era algo que podía ver, y les aseguro que no hay nada tan feliz a los ojos de los cristianos como la gracia de Dios. No hay nada tan dulce para el corazón de los que están en comunión con el Señor como la gracia de Dios en este mundo. Me pregunto si la gracia de Dios se ve en ustedes, si el Señor se ha convertido en su nuevo recurso; entonces aquellos que observan sus caminos verán la gracia de Dios en ustedes. Cuando Bernabé vio la gracia de Dios, se regocijó, y solo tuvo una exhortación que dar a esos jóvenes conversos. No dudo que les habló a menudo, tal vez incluso durante mucho tiempo, pero cada vez que hablaba, todo lo que tenía que decir se resumía en esta única exhortación: «Que permanecieran unidos al Señor con corazón firme» (Hec. 11:23).

No les exhortó a “aferrarse al Salvador”, ni a “aferrarse al Pastor”. Por supuesto, el Señor es el Salvador y el Pastor, pero no les dijo que se aferraran a él en ese sentido. ¿Por qué? ¿Creen que ustedes necesitan apegarse al Señor como pastor? Él es quien se apega a ustedes en este carácter. Él dice: «Nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10:28). Él les sostiene. Las ovejas no se apegan al pastor, es el pastor quien se apega a las ovejas. Pero si queremos prosperar espiritualmente, debemos apegarnos a Cristo. Debemos aferrarnos a él como a la fuente de nuestro suministro, como al administrador de su gracia. Todo el mundo puede entender esto. He aquí un general al frente de un gran ejército, que avanza en el país del enemigo. ¿Qué debe hacer? Algo absolutamente necesario si quiere salir victorioso es que debe permanecer en constante comunicación con su base. Si, de una forma u otra, se ve aislado de su base, la derrota le acecha. Su enemigo utilizará todo tipo de estrategias para interponerse entre él y su base de suministro, por lo que debe mantener intactas sus líneas de comunicación. Estamos en un país enemigo, ¿mantenemos intactas las líneas de comunicación? ¿Quién es nuestra base? El Señor. Él es el administrador

de la gracia de Dios, la base de nuestro suministro, y si queremos ser victoriosos, debemos permanecer en contacto permanente con la base de nuestro suministro. Bernabé dijo a los creyentes de Antioquía: aferraos al Señor, manteneos cerca de él, recordad que no tenéis fuerza en vosotros mismos, ni sabiduría, que el diablo es más fuerte y astuto que vosotros; pero aferraos al Señor, y así venceréis al diablo, porque no es ni más sabio ni más fuerte que el Señor. Por lo tanto, les dijo que se mantuvieran en contacto permanente con la base de su suministro, y que lo hicieran con todo su corazón.

¡Oh, cuántas veces fracasamos en esto! Recibimos un pensamiento y damos gracias a Dios por cualquier impulso espiritual, y durante un tiempo seguimos adelante, pero luego empezamos a flaquear y a relajarnos; ya no estamos tan atentos a mantener intacta la línea de nuestra comunicación, y como resultado fracasamos y nos decepcionamos, al igual que otras personas. Lo que se necesita es determinación de corazón, y el Señor puede dárnosla. Que Dios conceda a cada uno de nosotros el deseo de apegarnos al Señor, y me dirijo especialmente a los jóvenes cristianos, porque a ellos se dirigía Bernabé, que el primer gran objetivo de vuestra vida sea apegarse al Señor. Recuerden que Él es la base de su provisión y que nada hay en ustedes mismos que les permita resistir al enemigo. Esto es lo que hicieron en Antioquía, pues leemos que una gran multitud fue añadida al Señor. El suministro continuó y se manifestó, por lo que el resultado fue que los cristianos de Antioquía fueron canales de bendición para los demás.

5 - La Asamblea en sí

Es muy interesante ver esto, porque Pablo debía ser el gran ministro de la verdad de la Asamblea y Bernabé, sin duda bajo la dirección especial del Espíritu de Dios, fue a Tarso a buscarlo, regresaron juntos a Antioquía, donde permanecieron un año entero y donde enseñaron a muchas personas. Deseo que se den cuenta de que estos discípulos estaban unidos al Señor y, por lo tanto, estaban unidos entre sí y dispuestos a recibir una enseñanza que les permitiera progresar. Pasaron un año entero con los cristianos de Antioquía; al permanecer unidos al Señor, permanecieron unidos entre sí y crecieron en la verdad. El diablo siempre ha tratado de dividir y dispersar a los santos de Dios, de impedirles ser perfectos y cumplidos en toda la voluntad de Dios. Todas las divisiones y las rupturas de la cristiandad hoy en día son obra del diablo, que ha podido actuar sobre la carne de los santos de Dios. Si todos los santos

de Dios se hubieran unido al Señor desde el principio, el diablo nunca habría tenido la más mínima oportunidad.

Por lo tanto, se reunieron durante un año entero. Es un ciclo de tiempo perfecto, primavera, verano, otoño e invierno, todo el año. Me gustaría que pudiéramos ver a muchos más cristianos “a lo largo del año”. Necesitamos más cristianos de este tipo en “Sydney”, aquellos que pueden atravesar la sequía y el temporal, que son felices y brillantes cuando los días son sombríos. Pero, dirán, ¿cómo podemos ser así? Todos aquellos que se aferran al Señor con todo su corazón lo harán, porque la oferta es mayor que la demanda. El Señor, la fuente de suministro, está por encima de las tormentas, y si nos aferramos a él, somos independientes de las circunstancias terrenales, y seremos cristianos “todo el año”, capaces de afrontar todo tipo de condiciones meteorológicas y circunstancias, y producir hojas y frutos cuando todo a nuestro alrededor es un desierto reseco.

6 - La enseñanza

Enseñaron a muchas personas, y aquí llego al corazón de mi tema. ¿Qué creen que enseñaron? ¿No les enseñó Saulo lo que él mismo había aprendido del Señor cuando se convirtió? Dos cosas le impresionaron en ese momento y le marcaron especialmente desde el principio hasta el final de su ministerio. Que Jesús es el Hijo de Dios y que su Cuerpo está en la tierra. Bernabé les había instruido y exhortado sobre la línea del señorío de Cristo, y esto es indispensable para cualquier progreso, es la base de todo, pero no es suficiente; ninguna agrupación de cristianos puede ser perfecta y completa en toda la voluntad de Dios si no va más allá de eso. El ministerio de Pablo debía intervenir: Cristo debe ser conocido como la Cabeza de su Cuerpo, la Iglesia, y nosotros, los miembros de su Cuerpo, debemos mantener firme la Cabeza ([Col. 2](#)). Hay muchos grupos de cristianos que han recibido los ministerios de Bernabé y de Pedro, pero que no han recibido el de Pablo, y en algunos de ellos parece que no hay lugar para él, por lo que hay una gran carencia en esos grupos. Debemos recibir el Evangelio de Pablo, la verdad de Cristo y de su Cuerpo, del cual Pablo fue hecho ministro y por el cual completó la Palabra de Dios ([Col. 1:25](#)), es decir, la coronó.

Predicó que Jesús es el Hijo de Dios, porque así es como debe leerse [Hechos 9:20](#). No es lo que oficialmente es, sino personalmente. Es su gloria personal, y Saulo de Tarso aprendió, mientras yacía en el polvo del camino de Damasco, que Jesús estaba

justamente en la gloria de Dios, porque es el Hijo de Dios.

Lo siguiente que aprendió de la gloria está contenido en las palabras que se le dirigieron. Jesús le dijo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?», y él respondió: «¿Quién eres, Señor?», y la respuesta fue: «¡Yo soy Jesús, a quien tú persigues!». ¿Perseguía Saulo de Tarso a Jesús? Jesús estaba a la diestra del trono de Dios en el cielo, ¿cómo podía perseguirlo? Perseguía a los miembros de su Cuerpo, y el Señor Jesús dijo: “Saulo, a mí me persigues”. Si mi mano está herida, entonces estoy herido, cada miembro de mi cuerpo es parte de mí mismo; por eso el Señor Jesús dijo: «¿Por qué me persigues?» (vean *Hec. 9:4; 22:7; 26:14*). Si el Señor Jesús viera esta reunión esta tarde, podría dirigirse a cada uno y decirle: «Soy yo», cada cristiano de esta asamblea es parte de mí mismo. Sí, es la verdad, es el significado de la verdad de la unidad del Cuerpo de Cristo. Jesús, el hombre exaltado, tiene un Cuerpo en la tierra y cada miembro de este Cuerpo está unido a él. No es una teoría, sino un hecho, cada santo de Dios tiene la vida y la naturaleza del Señor, y está unido a él por el Espíritu Santo. Es el corazón mismo de la verdad cristiana. Estoy seguro de que Saulo enseñaba esto en Antioquía. Esto es lo que impregna sus Epístolas, esto es lo que siempre tenía ante sí. Predicaba el Evangelio de la gracia de Dios, la buena nueva por la que los hombres son salvos, pero tenía en mente que cada persona que creyera en el Evangelio sería habitada por el Espíritu Santo y se convertiría así en miembro del Cuerpo de Cristo.

Jesús, el hombre glorificado, los llama a sí mismo sus miembros. No creáis que voy a descuidar ni por un momento el hecho de que él es Dios. ¿Cómo podría sentarse en el trono de Dios si no fuera Dios? Pero él está ahí como Hombre, el Hombre resucitado. No podemos estar unidos a él como Dios, no podemos participar de su divinidad, pero estamos unidos a él como el Hombre resucitado, poseemos su vida ahora. Tendremos cuerpos glorificados como el suyo cuando venga. Esto se manifestará en gloria, cuando por su poder de resurrección seamos hechos conformes a su imagen. La gran verdad para los cristianos de hoy es que tienen un Jefe en los cielos, que son miembros del Cuerpo de Cristo, y que este Cuerpo es **uno**. Somos formados en un solo Cuerpo por el Espíritu Santo.

He hablado de la asamblea de Antioquía. Así es como nos dirigimos a los santos de Dios en cada localidad. Está la asamblea de Sydney, de Melbourne, y así sucesivamente, pero la Asamblea que es el Cuerpo de Cristo no está formada por un número de asambleas, sino por individuos. Una asamblea local es la expresión local del único Cuerpo en la tierra, pero cada asamblea local debe tener todas las características que pertenecen a la Asamblea única, y cada una debe estar formada y controlada

por la verdad que pertenece al conjunto.

7 - Distinción entre el bautismo cristiano y el bautismo del Espíritu Santo

Al leer el capítulo 11 del libro de los Hechos, no encontrarán ni una sola palabra sobre el bautismo cristiano en relación con esta asamblea, y eso no me sorprende en absoluto. Pablo nos dice claramente en 1 Corintios, la Epístola que nos presenta la verdad de la comunión de la Asamblea, que no se le ha encargado bautizar (cap. 1:14-17), como se le había encargado a Pedro. El bautismo cristiano tiene su lugar, pertenece a la relación individual con el Señor. En figura, nos habla de nuestra identificación con Cristo en su muerte y también en su resurrección. Nos coloca en la muerte.

Mientras que la Asamblea es una esfera de vida, pertenece a ese día eterno: Donde «ya no existirá la muerte, ni duelo, ni clamor, ni dolor» (vean [Apoc. 21:4](#)). Estamos colocados en esta esfera (el Cuerpo de Cristo) por el bautismo del Espíritu Santo, porque todos somos bautizados en un solo Cuerpo por un solo Espíritu ([1 Cor. 12:13](#)). Los creyentes de Antioquía tampoco eligieron a un ministro para dirigirlos e instruirlos; había en esa iglesia varios profetas y doctores, que servían bajo la dirección del Señor, por el poder del Espíritu ([Hec. 13:1-3](#)). Un ministro designado como en nuestros tiempos modernos es desconocido en las Escrituras.

¿Es cierto que el Señor resucitado, exaltado y glorificado, cuya gloria era más brillante que el sol del mediodía puede hablarle a Saulo, que perseguía a cristianos como ustedes y yo, como si lo estuviera persiguiendo a Él mismo? ¿Nos considera este Señor resucitado, exaltado y glorificado como miembros de su Cuerpo? Sí, nos considera como tales. Si tan solo entrásemos en esta realidad, ¿no nos incitaría a prestar atención a nuestras asociaciones? ¿No nos haría comprender que debemos tener un carácter celestial, como nuestro Jefe es celestial? No creo que nada pueda tener un efecto más santificador en nosotros que la toma de conciencia de esta gran verdad que Saulo iba a enseñar a los discípulos de Antioquía.

8 - Lo que pensaba el mundo

¿Cuál fue el resultado? Lo siguiente que leemos que: «En Antioquía los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez» (Hec. 11:26). No fueron llamados cristianos al principio, en Pentecostés, sino primero en Antioquía. No dudo de que se les miró y se dijo: “Ha ocurrido un cambio maravilloso en estas personas, deberíamos darles algún tipo de denominación”. Saben, la gente no puede situarles en este mundo si no le ponen una etiqueta. No pueden repartir un folleto en un tren sin que les pregunten: “¿A qué denominación pertenecen?”, y si dicen que no pertenecen a ninguna denominación, les responden: “Seguro que pertenecen a una denominación”. Si no se ponen una etiqueta, se la pondrán, pero si conocen la verdad de la Asamblea de Dios, rechazarán esas etiquetas. La gente a veces nos pone etiquetas más reales de lo que ustedes se imaginan. En Antioquía, dijeron: “¿Cómo los llamaremos?”. Se dieron cuenta de que hablaban mucho de Cristo, ya que se aferraban al Señor con todo su corazón, crecían en la verdad, en el buen camino, actuaban con la gracia de Cristo, por lo que dijeron: “Debemos darles un nombre, y el único nombre que podemos darles es el de cristianos”, y así fue como los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez en Antioquía. Que Dios quiera que seamos llamados cristianos por lo que somos. Que Dios quiera que se nos conozca como cristianos por la forma en que nos comportamos. Si es la única etiqueta que se nos puede poner, estamos contentos.

9 - El resultado práctico de la verdad

Llegaron profetas de Jerusalén, y uno de ellos, llamado Agabo, profetizó que habría una gran hambruna en todo el mundo. Los cristianos de Antioquía demostraron inmediatamente que la verdad de la unidad del Cuerpo no era para ellos una simple doctrina. No dijeron: “Si llega esta hambruna, será mejor que esperemos simplemente al día de la lluvia”. No había egoísmo de ese tipo. No eran egocéntricos, no estaban preocupados por sí mismos, no pensaban en sí mismos. ¿Qué hicieron cuando se enteraron de que habría una gran hambruna en toda la tierra, que, por supuesto, afectaría tanto a Antioquía como a Jerusalén? Dijeron: “Hay que hacer una colecta y enviarla a los santos necesitados de Jerusalén”. Los reconocían como miembros de un mismo Cuerpo. Reconocían que, si ellos sufrían en Jerusalén, los santos de Antioquía también sufrirían. Esta es la gran realidad de la verdad de Dios. No era “hay una asamblea aquí y otra allá, estamos en compartimentos estancos,

y cada uno debe ocuparse de su asamblea”. Somos uno con ellos, estamos unidos. «Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, así como Cristo a la Iglesia» (Efe. 5:29). Es decir, ustedes son miembros del Cuerpo de Cristo, yo también, y Cristo es la Cabeza que cuida de todos nosotros, y por lo tanto debemos cuidarnos unos a otros en el amor de Cristo.

También había algo más, a saber, el servicio al Señor. La asamblea se había convertido en un santuario. No iban allí para recibir bendiciones, ese no era su propósito. Estaban allí al servicio del Señor. Era un santuario donde el culto y la adoración subían al Señor, y donde eso falta, realmente me pregunto si se conoce la verdad de la Asamblea. No se trata simplemente de dar gracias por mi salvación o de bendecir al Señor por haber redimido mi alma. ¿Cómo servían al Señor los sacerdotes de antaño? Traían incienso y lo ofrecían en el altar de oro; también traían sacrificios, que subían en olor agradable a Dios. El incienso y los sacrificios representaban lo que Cristo es para Dios. No podemos servir al Señor en la asamblea hasta que no tengamos una idea de esto. Ellos sirvieron al Señor, y así es como la asamblea se convirtió en el santuario en el que el culto, la adoración y la alabanza subían a Dios. Pueden estar seguros de que era un lugar feliz. Estos discípulos se apegaban al Señor, recibían de él una gracia constante, crecían en el conocimiento de la verdad de Cristo, el Jefe (la Cabeza) de su Cuerpo, y eran capaces de actuar en la verdad de «un solo Cuerpo» (vean Efe. 2:16), pero no solo eso, también eran sus hermanos, una raza de sacerdotes en el santuario, al servicio del Señor (Hebr. 2:11-12).

Entonces, el Espíritu de Dios, estando libre en una iglesia indivisa, podía decirles en su soberano derecho: «Separadme a Bernabé y a Saulo, para la obra a la que los he llamado» (Hec. 13:2). Así es como el Espíritu de Dios se manifestó en la asamblea, y esos siervos del Señor fueron recomendados por la asamblea. Fueron enviados, recomendados por la asamblea. Esta asamblea era el centro del que emanaba su servicio, y a ella volverían. Servían al Señor en el marco de su responsabilidad individual hacia Él. No recibían sus instrucciones de la asamblea, sino directamente del Señor mismo, y servían al Señor en el poder del Espíritu Santo y bajo su dirección, pero la asamblea era su punto de anclaje. Habían encontrado un centro en la tierra, y ahí es donde estaba la presencia del Señor: «Porque donde dos o tres se hallan reunidos a mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mat. 18:20), este pensamiento se convirtió en algo central para estos siervos cuando partieron a proclamar la buena nueva entre los paganos (las naciones).

Es posible ser utilizado por Dios para la salvación de las almas sin tener el más mínimo conocimiento de esta verdad que acabamos de exponer. Lo digo sincera-

mente, que Dios haga prosperar a todo siervo que predique a Cristo, aunque no sepa mucho de la verdad, pero de esto podéis estar seguros, será algo bendito para nosotros cuando nos encontremos cara a cara con nuestro Señor en la gloria y le oigamos decirnos: “Te interesaste por lo que me interesaba a mí. Mis pensamientos y afectos se centraban en los miembros de mi propio Cuerpo, la Iglesia en la tierra, y tú, a tu pequeña escala, has buscado obtener la gracia de interesarte por lo que me interesaba a mí”. ¿No creen que sería algo bendito? Me gustaría que mi Señor me diera su aprobación de esta manera. Sí, quiero predicar el Evangelio, quiero ver a los pecadores salvados, es un dolor constante para mí ver tan pocos, pero lo que más deseo es recibir la alabanza del Señor al respecto cuando me presente ante él. Han buscado el bien de los que le pertenecen, han buscado reunir a los santos «en **uno**» (Juan 11:52), y no dispersarlos, han buscado anunciar la Palabra de Dios, para que aquellos que la oigan puedan ver que Él es el Centro y la Fuente de todo, y puedan darse cuenta de cuán valiosa es la Iglesia para Él: tal es la gran ambición de mi alma.

¡Oh! Si cada uno de nosotros aquí pudiera tener la ambición de ocuparse realmente de lo que es tan valioso para Cristo, su Cuerpo en la tierra, lo que está tan íntimamente ligado a Él mismo, que habla de ello como de su propio Cuerpo y Sus huesos.